EL MARAVILLOSO INSTINTO DE LOS ANIMALES

NO deja de haber personas que rebajan la importancia del instinto del animal, suponiendo que, por obedecer principalmente a la propia conservación, no puede tener más móvil que el egoísmo; pero conviene observar que los animales ejecutan actos instintivos que suponen cierta abnegación, y aun a veces llevan consigo el sacrificio de la vida. La araña, tejiendo constantemente su tela, hasta morir, el perro, salvando a los que están en peligro de ahogarse, y otros animales, en mil diferentes casos, de los cuales expondremos algunos, confirman la observación precedente.

No solamente obran, como causas en el instinto del animal, la satisfacción de una necesidad sentida por aquél para su propia conservación — pues no se explica, en tal caso, ni el amor de la hembra a sus pequeñuelos, ni la sociabilidad y amistad de muchos animales con el hombre, — sino una previsión superior a todo cálculo individual, la cual, independiente de la reflexión, arrastra a dichos animales a actos que convienen a su naturaleza.

Las abejas labran sus panales, constituídas en sociedades comunistas, y, de igual modo, las hormigas viven en agrupaciones independientes unas de otras, tienen sus jefes, su ejército de obreras y de soldados, sorprenden los hormigueros próximos para conquistarlos, riñen batallas, los vencedores hacen prisioneros a los vencidos, los someten a la esclavitud, y dejan de trabajar, entregándose a la molicie, para confiar toda la labor a los esclavos, que a su vez, haciéndose fuertes por el trabajo, mientras los señores se debilitan por la holganza, se sublevan y subyugan a sus antiguos dueños, que pasan a ser siervos, continuándose este ciclo hasta que una de las primeras castas, de vencedores o vencidos, perece, y los supervivientes se dedican al trabajo y a la conquista. Es de admirar la precisión con que calculan el esfuerzo necesario para el transporte de sus presas, y si una no puede hacerlo sola, llama en su auxilio a las compañeras, y éstas acuden a ayudarla. Si esto lo hacen como generalmente se pretende, instintivamente, es indudable que tal instinto revela una prodigiosa seguridad y perspicacia en sus operaciones.

Mas no es esto sólo. Innumerables son los ejemplos de cariño, abnegación y fidelidad que nos han dado los animales. Bastará a nuestro propósito citar los casos siguientes.

En Bélgica, durante el invierno de 1867, fué sorprendido por una copiosa nevada un niño de seis años, que hubo de quedar sepultado bajo de la nieve. En su casa había un perro que le quería mucho, y que hizo en favor de la víctima mucho más que cuantos salieron en su busca. El afecto que tenía a su compañero de juegos, ayudó y guió el instinto del animal al sitio en que estaba su amiguito, donde, a fuerza de escarbar y apartar la nieve que le cubría, lo libró de una muerte segura.

Montaigne cita dos ejemplos tomados de la antigüedad, refiriendo el caso histórico de perros que murieron de tristeza al perder a sus amos: « Hircano, perro del rey Lisímaco, al morir éste, permaneció obstinadamente sobre su lecho, sin querer comer ni beber, y el día que se efectuó la cremación del cuerpo del rey, se lanzó a la misma hoguera, pereciendo abrasado. Lo mismo hizo el de Pirro: no quiso salir de debajo del lecho de su amo, y cuando transportaron el cadáver para quemarlo, arrojóse también al fuego ».

Es tal el instinto benéfico que hay en los animales, que muchas veces puede igualarse al del hombre más abnegado, y aun superarle en su esfuerzo. Los dos siguientes casos dan fe de lo que acabamos de decir. En el año 1874, un perro de Terranova salvó la vida, en las playas normandas, a

catorce personas, sin que apenas se le hubiera adiestrado en este ejercicio.

También otro perro, en un incendio ocurrido en Alcobas, pueblo de la provincia de Ciudad Real (España), salvó la vida a una criada, amiga suya, que dormía profundamente, aullando junto a ella, y arañándola hasta despertarla.

En la historia de América se citan curiosos ejemplos, que parecen indicar lástima y discernimiento en los perros que se introdujeron en aquellos países, en tiempo de la conquista. Cuéntase de uno, llamado Becerrillo, alano, muy desarrollado, y de tan estrafalaria apariencia como vivaracho y despierto, que distinguía a los indios mansos de los rebeldes, con sólo verlos.

Una vez le mandó su amo en busca de una vieja que se había fugado y de quien recelaba traición. Cuando ésta se vió alcanzada por su perseguidor, se arrojó al suelo, bañada en lágrimas e implorando perdón; y fué tanta la lucidez de Becerrillo y su nobleza, que desistió de hacer daño alguno a la anciana, y con muestras de compasión la acarició, retirándose después.

Este perro de tan extraordinario instinto murió en una acometida contra los caribes, herido por una flecha envenenada, dejando un cachorro, llamado Leoncico, que acompañó a Balboa en todos sus encuentros con los indios del istmo de Panamá, y le sirvió de guía, librándole de emboscadas y ataques inesperados.

Otro de los animales de más claro instinto es el caballo. Fuerza, nobleza, energía, valor, exacta comprensión de los mandatos de su amo y placer en someterse a ellos; tales son sus cualidades más estimadas. Es este animal sobrio, agradecido y generoso; hay en él cierto fondo de dignidad o de orgullo que no consiente rivalidades ni en valor, ni en fuerza, ni en resistencia, prefiriendo morir a ceder ante el adversario; se identifica con su dueño, participando de sus sentimientos y adivinando sus intentos a la más leve indicación, y le obedece con entera abnegación y lealtad.

Se cuenta que habiendo muerto un rey escita, en un combate singular, su caballo pisoteó y desgarró con los dientes al vencedor, que se había acercado a despojarle.

No obstante la gran utilidad que este animal reporta, son muchos los que no le tratan con la consideración debida, y le someten a rudos castigos.

En un pueblo de Suiza había cierto señor que tenía por costumbre maltratar a su caballo, golpeándole despiadadamente y haciéndole padecer hambre y sed. El animal le tomó ojeriza, y se resistía a obedecerle. Una tarde, queriendo el amo llevarle por fuerza a un abrevadero, el caballo se negó a seguirle. Entablóse entonces entre ambos una rabiosa lucha, y, en un momento de descuido del amo, le dió el caballo una coz tan fuerte en la espalda, que lo dejó maltrecho. Muchos de los vecinos, que sabían el cruel trato que daba al caballo, celebraron el hecho; y desde aquel día sirvió este ejemplo para que los moradores del pueblo se portaran mejor con los animales.

El siguiente caso patentiza el delicado sentimiento de lealtad de este generoso servidor del hombre.

Pasaba un lacayo por cierta calle conduciendo de la brida a un caballo, al que tenía gran cariño, cuando, acometido repentinamente de un síncope, cayó bajo de las patas del animal. El caballo, en lugar de espantarse y lastimar por descuido a su conductor, se apartó de él con mucho cuidado, acercósele luego, le lamió el rostro y relinchó tristemente. Los que presenciaron la escena no pudieron menos de admirar la lealtad y cariño del noble bruto, y mucho más al ver que trataba de conducirle a mejor lugar, agarrándole cuidadosamente con los dientes por el vestido.

Hay otro animal conocidísimo que, aunque de naturaleza adusta, cuanto mejor se le atiende tanto más afecto cobra al que le cuida. Nos referimos al gato doméstico, el cual posee en alto grado el don de reconocer los sitios en que vive, y a sus dueños, y no deja de tener buenos sentimientos.

De cierta gata cuéntase que estaba

dotada de tal instinto de compasión, que mientras amamantaba a sus hijitos hizo otro tanto con dos ratoncillos abandonados que recogió, y que cuando fueron mayores jugaban con ella y con sus gatitos, sobreponiéndose así la lástima a la natural inclinación del gato a cazar ratones.

Pero es mucho más notable el grado de afecto a su amo que revela el siguiente caso: Un artesano de Nesles (Francia) al disponerse a ir a su trabajo, reparó que su gato daba extraordinarias muestras de espanto, yendo de un lado a otro de la chimenea, y sin consentir en separarse de ella. No sabía el hombre a qué atribuir aquello, cuando, acercándose al fogón, vió que se había incendiado la parte interior, en lo alto, y tuvo tiempo para evitar que el fuego se propagase. Entonces comprendió que el gato había previsto el peligro y que se había empeñado en avisarlo con sus maullidos, brincos y espantos, como presintiendo una próxima desgracia.

Mas no solamente los perros, gatos, caballos y demás animales que viven en domesticidad nos demuestran en alto grado su deferencia y abnegación en repetidos casos; sino que también en el fondo de las selvas y entre las rocas de las montañas hay bestias feroces no ajenas a los sentimientos de nobleza y lealtad.

El león, por ejemplo, ante cuya proximidad o presencia siente el hombre, y hasta los mismos animales, invencible terror y espanto, nos ha dado bellos y memorables ejemplos de claro instinto y singular agradecimiento.

Entre las diferentes especies de felinos, el león americano, o puma, agrega a su terrible ferocidad las mismas cualidades de hidalguía que el león verdadero; y al lado de las acusaciones que algunos le hacen de ser terriblemente carnicero e indómito, los historiadores y naturalistas nos ofrecen ejemplos justamente opuestos de nobleza y de inteligencia. Cítase uno de estos casos por Díaz de Guzmán, refiriéndose al tiempo de la conquista, en las regiones del Río de la Plata, por los españoles.

Acosados éstos por los indios salvajes, habíanse encerrado en Buenos Aires, y el prolongado sitio que allí sufrieron los redujo a un lastimoso estado de hambre y enfermedades. Prohibióse en absoluto, bajo pena de muerte, que nadie saliera de la fortaleza; pero algunos, incitados por el hambre, lograron evadirse, y entre ellos lo hizo también una joven, llamada Maldonada. La infeliz cayó en poder de los indios; y más tarde, habiendo sido apresada por los españoles, se la castigó por el capitán Ruiz a ser abandonada en despoblado. Dejósela en un bosque; y cuando ya no tenía qué comer, vió venir hacia ella a una puma, pero sin acometerla; muy mansamente.

El animal estaba próximo a ser madre, y Maldonada la ayudó, aliviándola en sus dolores. Entonces la puma no quiso separarse de su lado, defendiéndola de las demás fieras que venían a acometerla y ausentándose únicamente a ratos para traerle de comer. En una de esas ausencias, unos soldados tropezaron con Maldonada, escucharon la singular historia relativa al cariño del animal, y, admirados, se llevaron a la joven a Buenos Aires, donde se la puso en libertad.

Un caso parecido refiere el naturalista Hudson, citando el de un gaucho, que, baldado de una pierna, solo e indefenso en medio de las pampas, a causa de un golpe que había recibido, vióse acometido por un jaguar, o tigre americano; e, inesperadamente, cuando se creía ya en las garras del animal, le auxilió una puma, abalanzándose sobre la fiera, y luchando hasta matar al jaguar; después de lo cual marchóse tranquilamente a la vista del gaucho.

Éstos, y otros muchos ejemplos que podríamos citar, nos demuestran cómo los animales están dotados de vivo y penetrante instinto que les hace rivalizar a veces con el hombre en sus evidentes muestras de agradecimiento, lealtad y comprensión, siendo de todo punto indudable que hay en ellos un estímulo que los determina a acciones dignas de encomio y admiración.